

Cuento de Nochebuena

Por Enrique CREEL

Dibujo de Leticia TARRAGÓ

La idea que tengo de una casa se ajusta a todos los moldes de aquella en la que nací y he vivido siempre. A veces pienso en las ventajas que ofrece una arquitectura más moderna, más acorde con las exigencias de la época, pero a la hora de la hora la lógica me falla. Es muy difícil que lo convenzan de que dos y dos son cuatro, cuando se ha creído desde siempre —y se ha vivido además— partiendo de la base de que son tres. Por otra parte, nunca he dejado de pensar que mi casa es fea, incómoda y sombría; que los que habitamos este tipo de construcciones nunca nos sentimos satisfechos y conservamos el firme propósito de mudarnos cuanto antes; que las ratas y las chinches forman parte del edificio como un patrimonio de suciedad brindado gratuitamente por el tiempo, y muchas cosas más. Todo esto es demasiado claro y no admite discusión, pero no se puede dejar de reconocer que mi casa es una casa y que la imagen que tengo de una casa está fundada en los caprichos del ingeniero constructor que, hace cerca de medio siglo, la hizo realidad quizás sólo para que yo la viviera un día.

El zaguán es de madera; de una madera que, desde que yo recuerdo, está podrida. Con gis tiene pintado su número diferencial: el diecisiete. Nunca he sabido quién dibujó ese número; no fui yo y tampoco creo que haya sido mi madre, porque no se le ocurre pensar en cosas como ésa; tampoco me parece posible que fuera el cartero, que nunca nos llevaba correspondencia, y desde luego que no pudo ser mi padre, quien —como ustedes saben— no volvió a salir a la calle después de la quiebra.

Cada vez que entro a la casa me molesta su olor a humedad y a orines de gato. Mi mamá siempre tiene gatos para acabar con las ratas, pero —como le digo cuando se trata el tema— uno nunca sabe lo que es peor. La escalera, parada y crujiente, me recuerda los resoplidos de la abuela. Casi es lo único que me queda de ella: el jadeo continuo de su cuerpo voluminoso siempre que llegaba a visitarnos; y por muchos años fue la única persona que mi padre aceptó recibir en su enclaustramiento. Porque papá no quería ver a nadie. Como llegué a pensarlo cuando la inteligencia me dio para eso, sentía una gran vergüenza de enfrentarse al mundo sin dinero, y de mostrar así su poca capacidad para conservar la fortuna de la familia, que si bien había sido menguada con los cambios políticos, se esfumó principalmente por sus malos manejos. Por eso desde entonces, desde unos cuantos meses antes de mi nacimiento, mi padre ya se había encerrado en la casa, tapiando las ventanas y las puertas para no tener ningún contacto con el exterior, y esperando la muerte en una agonía de tedio que a todos nos hacía sufrir.

Sólo el día que murió mi abuela salió a la calle. La estuvo velando en silencio, sin hablar con nadie, sin abandonar esa indumentaria peculiar que tan poco lo favorecía: el pijama arrugado y luido, la gabardina grasienta y llena de lamparones que usurpaba la función de la bata, y las pantuflas chuecas, mejor dicho bizcas, por el uso. Las gentes que lo vieron con los ojos bajos, huidizos, creyeron que él también iba a morir muy pronto. Lo saludaron en voz baja y luego, en los rincones, se pusieron a comentar su mal color, su exceso de canas y su extremada flacura. Yo escuché a medias algunos diálogos y recuerdo que me preocuparon mucho. Pero eso fue hace varios años y, a pesar de los pronósticos, mi familia quedó igual, como si el tiempo no la tocara, como si la muerte no hubiera aceptado el reto.

Mi padre se había posesionado de la sala; mi madre del antecomedor y de la cocina. En el antecomedor bordaba clandestinamente para una tienda pañuelos y sábanas, para completar el presupuesto, y como no quería que yo la viera haciendo esos trabajos a espaldas de papá, rehuí siempre entrar a molestarla. La cocina tampoco me gustaba; era un cuarto oscuro y sucio, donde yo no sabía qué hacer mientras ella preparaba la comida con esa falta de sazón que le es característica y se sumergía en sus meditaciones calladamente, sin darme oportunidad de compartirlas. En cambio, en la sala se ventilaban todos los asuntos familiares. Yo estoy seguro de que para cualquier persona la sala podía resultar bastante impresionante. Por eso nunca me atreví a invitar a ningún amigo a la casa; prefería ir a las de ellos y sentirme lejos —aunque fuera por un rato— de ese ambiente pesado y monótono que llegaba a ahogarme a veces. Sin embargo, muchos de mis compañeros de escuela y de los vecinos hubieran dado cualquier cosa por poder entrar. Como

todas las ventanas que daban a la calle estaban tapiadas, mi casa (arquitectónicamente igual a las otras de esa calle y a muchas más de la vieja Colonia Roma) tenía un sello especial y misterioso que alimentaba la imaginación del vecindario. Varias veces alcancé a oír comentarios alusivos a nosotros, aun cuando, por fortuna, nunca me los dijeron directamente.

Lo importante de la sala era el ambiente que desprendían mi papá, los olores, la falta de aire fresco y la decoración. El conjunto de todo eso daba la impresión de una cripta funeraria. Los muebles eran un contraste de lo que quedó de la sala original y de la influencia de mi padre. Como me explicaron alguna vez, todas las cosas de valor de la otra casa se perdieron con la quiebra y no quedó sino el ajuar Luis XV de tapicería deshilachada que había requerido que mamá le pusiera fundas de manta, iguales a las que cubren los muebles de las casas deshabitadas; la pianola, que nunca he oído, cubierta con su mantón de Manila; cuatro litografías románticas de mujeres y de ángeles que se llaman "Le Pintemps", "L'Été", "L'Automne" y "L'Hiver", y el retrato del corregidor, un antepasado de cara adusta, en uniforme de gala. En el centro de la habitación, papá entronizó una pesada butaca de cuero en donde siempre estaba sentado, una mesita de pipiripao con su lámpara de chicote encima, y una escupidera rajada de porcelana, que completaba el ambiente. A todas horas parecía ser de noche y para él hubiera sido lo mismo cenar a las once de la mañana y dormir de allí en adelante sus ocho horas reglamentarias; pero mi mamá y yo, que al salir a la calle nos enfrentábamos con otro ritmo de vida, le impusimos ese mínimo armisticio con el tiempo.

Tengo presente con gran claridad mi llegada a la casa aquella noche definitiva. Venía cansado y sin ganas de participar en la tertulia, que consistía siempre en un largo y farragoso monólogo de mi padre sobre tiempos pasados o en un partido de jalma, también carente de interés. Abrí el viejo zaguán con desgano, mientras preparaba alguna excusa para subir a mi cuarto, y me sorprendió ver a mi padre levantado, esperándome en la parte alta de la escalera.

—¿Qué pasa? —le pregunté preocupado, mientras él agitaba nerviosamente un sobre.

—Nada, hijo, nada.

—¿Está bien mamá?

Él casi no tuvo tiempo de contestarme. Yo ya había subido la escalera en tres zancadas y pude ver a mamá, que desde su sillón de siempre me miraba con aire tranquilizador.

—Buenas noticias —me aseguró ella, mientras yo los miraba con aire sorprendido. En la casa no había noticias. Como no había tiempo, nunca sucedía nada.

—Siéntate —casi me ordenó mi padre. Lo obedecí.

—Antes debe de cenar, Ricardo. Seguro que viene con hambre —sugirió mamá, con evidente falta de tacto.

—Después. Ya habrá tiempo después —dijimos papá y yo casi al mismo tiempo.

—¿Te acuerdas de Matilde Escontría?

Sí, la recordaba muy bien. Era una amiga de mi padre, que se había casado con el señor Múzquiz, que ahora es ministro de Hacienda. Papá nos había hablado mucho de ella y de su familia, y hasta me enseñó alguna vez unas fotografías, conservadas en su álbum de recuerdos, en las que aparecían los dos, de jóvenes, en un baile de fantasía y en la hacienda de mi abuelo.

—Matilde quiere visitarnos el día de Nochebuena —agregó papá, enseñándome el sobre.

Leí la carta; una carta seca que no decía sino eso. Miré después a los dos viejos. Ambos estaban radiantes sin que yo alcanzara a comprender por qué. ¿Cómo iban a cambiar su sistema de la noche a la mañana para recibir nada menos que a la esposa del secretario de Hacienda, después de tantos años de encierro?

Cuando Múzquiz fue designado ministro, yo le sugerí a mi padre que fuera a visitarlo, o que al menos le enviara una felicitación. Todo eso hubiera sido bueno para mí; quizás con él conseguiría un trabajo que me permitiera llevar unos centavos más a la casa. En aquella época papá se había puesto furioso con mis proyectos y no cesaba de decirme que él nunca había pedido favores de nadie, pero menos aún de ese señor Múzquiz a quien conoció ciruelo, y que tampoco aprobaba el

matrimonio de su amiga Matilde, que no era sino una "mezzaliance" fuera de todos sus principios. Yo sonreí pensando en lo absurdas que resultaban sus ideas, porque es innegable que mamá tampoco pertenece a una familia de alcurnia y que su boda no fue bien vista por los encopetados de entonces. Por fortuna me considero ajeno a todos esos estúpidos prejuicios. Sólo que no quise ofenderlos y, sabiendo la inutilidad de la plática, no insistí en mi proyecto.

—Ella quiere venir a vernos —dijo mi padre, adivinando mis pensamientos—. Eso lo cambia todo. Si yo hubiera dado el primer paso, habría pensado que era por interés. Pero ahora la cosa es diferente. Con toda seguridad que lo que pasa es que la pobre de Matilde ya no aguanta más a esa gente. Debe ser terrible tener que pasar la vida con personas que no son de su misma clase y que no tienen nada en común con ella. Por eso ha escogido el día de Nochebuena para explayarse un poco conmigo, que soy casi su hermano. En otros tiempos, su familia siempre pasaba la Navidad en nuestra casa, y estoy seguro de que ella lo recuerda.

Mamá asentía satisfecha, con su cara de luna llena. La pobre había fallado en todos sus proyectos matrimoniales. En vez de las alhajas y de los trajes que debió haber tenido al casarse con un hombre de la posición de mi padre, sólo había recibido desaires, estrecheces económicas y vergüenzas. Sin duda alguna que ella pensaba en lo que podía ayudarla una amistad íntima con la esposa del ministro de Hacienda para resarcirla de todos los sufrimientos que, con tanta resignación, había soportado.

Comprendí que era imposible quitarles de la cabeza sus ilusiones; pero me entró un miedo horrible de que esa mujer penetrara a la sala de la casa tapiada, a esa cripta funeraria sin huellas de vitalidad.

—¿No sería mejor que se fueran a tomar el té a alguna parte? —les indiqué con cierta cautela—. La casa no está como para recibir visitas.

—Matilde no es una visita. Es lo mismo que cuando venía tu abuela —me contestó papá de manera rotunda. Yo sabía que no era así, y poco después pude confirmarlo: la señora Múzquiz era una visita y de mucho cumplimento, pero la decisión de mi padre ya había sido tomada y obviamente sobaban mis opiniones.

Mamá fue más comprensiva.

—Procuraré arreglar la casa lo mejor que se pueda —me dijo en tono tranquilizador—. Tu papá ya ha aceptado que se abran las ventanas para ventilar este cuarto y que pueda entrar la gracia de Dios.

Yo creo que he de haber puesto una cara de azoro infinito al escucharla, porque los dos comenzaron a reírse de mí como muchachos atrapados en una travesura. Y no era para menos. Durante muchos años había soñado en ver la casa igual que las otras, sin ningún rasgo diferencial, en pasear con mi padre por las calles de la ciudad, y ahora —sin que yo acabara de comprender por qué— se realizaba el milagro.

Para darme cuenta de que no estaba soñando, me pellizqué con fuerza una mano, y aunque sentí dolor no pude creer que fuera cierto.

Durante los días subsecuentes, nuestra vida cambió de manera total. Mamá se ocupaba afanosamente en restregar los pisos de duela agreste y desaliñada cubriéndolos de cera, hasta que produjeron una impresión de limpieza, perdida ya la esperanza de brillar; golpeaba las paredes con la percusión del estropajo que transmitía ruidoso su alegría sana y un poco bárbara y, en fin, les hacía cosquillas a los muebles y a las lámparas con un plumero que se había propuesto declarar la guerra a las polillas y a las telarañas que reinaban desde tiempo inmemorial. Hasta el olor de los gatos fue disminuyendo gracias a la inusitada ventilación y a una fuerte dosis de creolina.

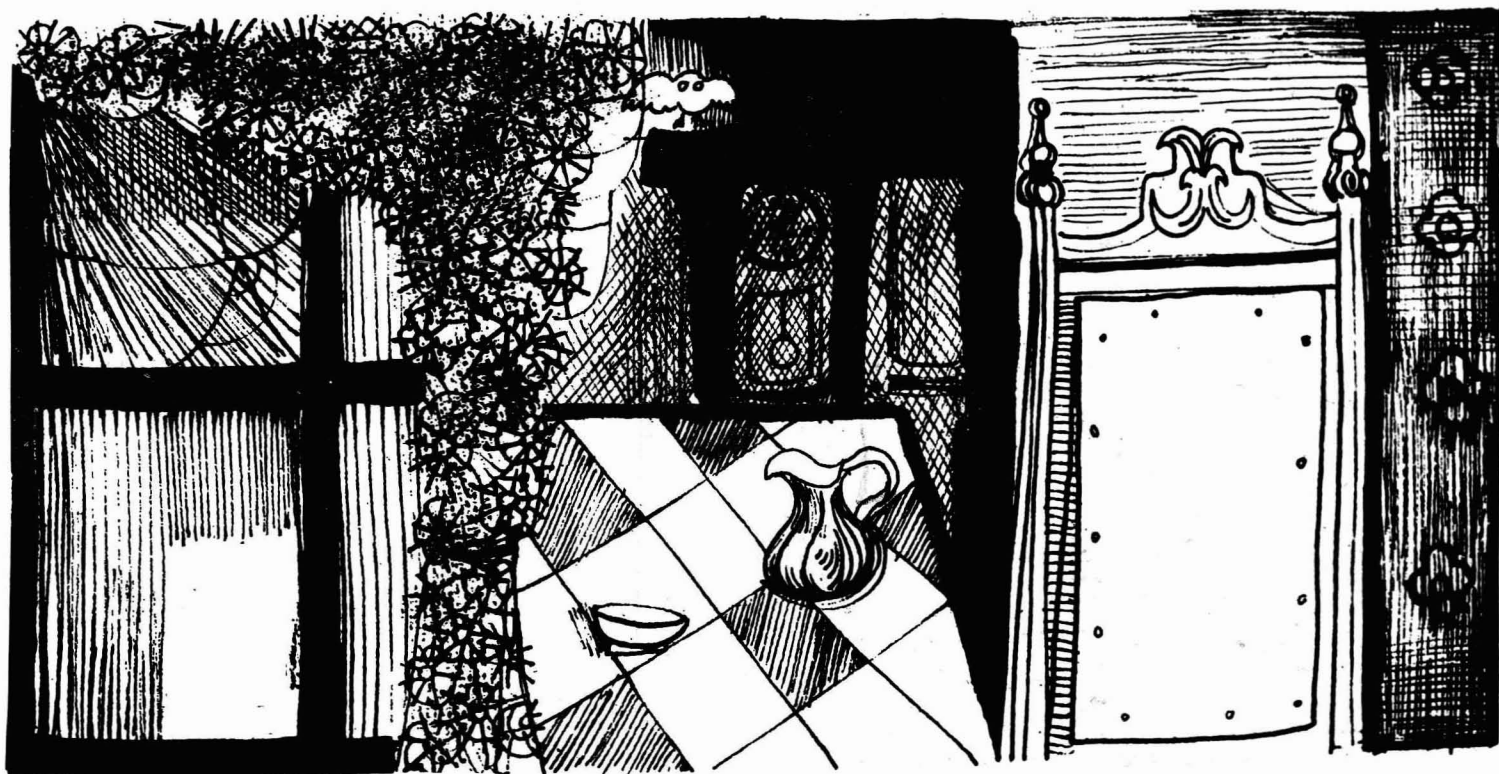
Mientras, papá rescataba de un viejo cofre algunos recuerdos que dormían el sueño del justo junto con acciones de compañías liquidadas, bonos del gobierno de Huerta, bilimbiques de todos tamaños por cantidades increíbles, y diplomas y condecoraciones que se parecían a los premios que entregaban en mi escuela primaria.

Quizás lo que más me sorprendió encontrar durante la semana de la asepsia fueron los trajes de papá, llenos de bolas de naftalina, y sus zapatos. Sobre todo sus zapatos. Tenían una dureza impersonal que no era capaz de recordar a su dueño. Fue necesario que mi padre los usara poco a poco y domara sus cueros rípidos y broncos con el calor humano provocado por la emoción, que se distribuía enérgicamente en todo el cuerpo.

Ya vestido, lo acompañaba a dar una vuelta a la manzana para reconciliarse con la vida. Entonces sentía la emoción de tener un verdadero padre, tal como lo había visto en mis sueños; aunque el solo olor de la gasolina —que yo no había notado nunca— le provocara pequeños desvanecimientos.

Un día, antes de que pudiéramos impedirlo, ya era el de Nochebuena. ¡Cómo recuerdo esos momentos en que lo ayudamos a vestirse! Era toda una ceremonia igual a la de los toreros, antes de sus corridas. Papá parecía —era— una persona humana. Viéndolo bien podía resultar grotesco con una ropa que ya no correspondía a su talla; pero a nosotros nos pareció maravilloso, y estoy seguro de que el mismo nudo que sentí en la garganta mientras lo observaba mirándose en el espejo, se llegó a mi madre, que salió del cuarto intempestivamente y que, al regresar, apretaba un pañuelo.

Mamá y yo no íbamos a estar presentes en la entrevista. Esto fue motivo de largas y juiciosas conversaciones en conciliábulo familiar. Ni ella ni yo conocíamos a la señora Múzquiz (a quien ya entre nosotros llamábamos Matilde, como si se tratara de una vieja amiga), y resultaba preferible que mi padre allanara un poco el camino. Mamá tenía miedo de que se tratara de una de esas estiradas que siempre la habían visto con desdén; yo prefería recibir los beneficios que ser propia-



mente su amigo. Eso sí, mi padre le había ofrecido a mamá asegurar una nueva reunión para presentar a las dos señoras.

Así que a las cinco lo dejamos solo.

Me dediqué a caminar por las calles. El día de Nochebuena tiene algo de contagioso que me gusta observar en las gentes. Es, en parte, un efecto del frío y del olor a las castañas asadas que se venden en las esquinas de la ciudad. ("Cuando veas los puestos de castañas asadas es que ya debes prepararte para los exámenes" —decían en la escuela; y era cierto.) El 24 de diciembre, además, es el día del armisticio. Todos los padres están confabulados en el bien. Todos. Los serios, los agresivos y los chocantes se sienten hombres de buena voluntad y sonríen con dulzura, con sus paquetes bajo el brazo recordando el mensaje de Cristo por un día; y así hasta el año siguiente. Mi padre también —pensaba al verlos— hará lo mismo el año próximo; y entonces, como para representarlo en ese concierto humano, comencé a sonreír con la gente, a mirar los escapates, a participar en la Nochebuena.

Creo que mamá fue primero a la iglesia y, después, inquieta y nerviosa, llegó a la casa de unas viejecitas amigas de ella,

para comentarles la escena. El caso es que regresamos a casa juntos, cuando sonaban las ocho. Los dos teníamos una gran curiosidad y eso nos hacía ser más que puntuales en la cita.

En la sala estaba mi padre muerto. Más bien parecía dormido, sentado en la misma butaca de cuero donde había estado siempre y con una palidez cadavérica que apenas se diferenciaba de su color natural. Se veía muy serio, con un señorío que —aunque me esté mal el decirlo— no estaba muy acostumbrado a encontrar en él, antes de entonces.

Mi madre pensó que la emoción había sido tan fuerte que le produjo el síncope cardíaco, y el médico que levantó el certificado de defunción confirmó esa teoría. Sin embargo, yo pude encontrar, escondida detrás de la cortina de la sala, una canasta de Navidad llena de latas baratas y de sidra de ínfima categoría; y cuando abrí los puños crispados de mi padre, para amortajarlo, hallé una tarjeta que me explicó toda la situación. Solamente decía:

REGALO DE NAVIDAD. SECCIÓN DE POBRES VERGONZANTES.
CONFERENCIA DE SAN VICENTE DE PAÚL.

DOCUMENTOS

Nehru en la Ciudad Universitaria

PALABRAS DEL RECTOR

Excelentísimo señor Jawaharlal Nehru,
primer ministro de India,
altas autoridades de la Universidad
Nacional Autónoma de México,
señores profesores e investigadores,
señores estudiantes:

Nunca, quizá, como ahora se han abierto más anchas las puertas de la Universidad Nacional de México para recibir a un visitante ilustre. Es que no siempre es fácil que el huésped reúna todos los atributos que inspiran respeto, admiración y simpatía. El huésped que recibimos hoy sí los reúne todos. El mundo entero lo respeta y lo admira porque en su vida, primero de rebelde, después de libertador, y hoy de conductor de su pueblo, nunca dio cabida al engaño; porque fue siempre leal a sus ideas, que es la más difícil de las lealtades; porque de sus palabras y de sus propósitos, que encienden la esperanza entre los humildes, responde toda una vida, y la vida de Jawaharlal Nehru es un ejemplo de pureza y de verdad al servicio de los hombres.

La congruencia de su pensamiento con su conducta empezó muy temprano. Al cambiar sus ideas cuando joven, él, el gran brahmán por nacimiento, el Pandit, se alineó del lado del pueblo y de su libertad. Renunció a todo, a su rango, a su riqueza y a sus privilegios. Se arrancó del pecho el Cordón Sagrado de su casta; rompió sus ataduras religiosas y se entregó a la lucha por la libertad de su país. Él fue quien inspiró a Mahatma Gandhi, su maestro, la declaración de independencia de la India en 1930. Él fue quien salió de la cárcel para negociar la en 1946; él quien después ha luchado por liberar al pueblo de todas las servidumbres, la de las castas; la del feudalismo secular, con la opulencia de sus rajás; la del conformismo religioso, pasivo, ascético, cuando no puro fanatismo, que ha ahogado por siglos la vida de su país.

Su vida entera ha sido una lucha, pero para él la lucha no es lo mismo que la violencia. Los capítulos se suceden unos a otros y para él todos son iguales. Son su contribución en favor de la libertad de India y de la paz del mundo. Largos

años de prisión en las cárceles; largos años de lucha en las calles y en las asambleas; largos quince años de gobierno para hacer que enraice la república y que florezca la democracia en ese mosaico de pueblos y de civilizaciones que es su país.

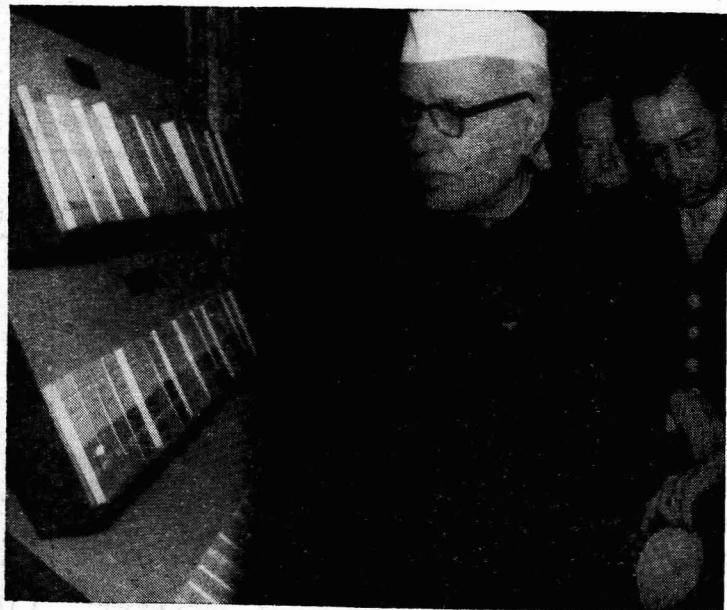
La fuerza para esa lucha la ha sacado de una profunda convicción en el destino del hombre, no, como el Mahatma, de una profunda religiosidad. Sus ideas religiosas las cambió hace tiempo por un sentimiento, religioso si se quiere, pero sin iglesia y sin dogma, que más tiene de humanismo impregnado del amor al bien y del amor al hombre.

Por eso su pueblo lo sigue con fidelidad. Muerto Gandhi, el santo de su libertad, India se ha entregado a Nehru y se ha confundido con él. Lo ha hecho su guía, su conciencia y su voz. Raro caso de un conductor que no pide votos, porque los tiene de antemano; que intenta retirarse de la vida pública y que el clamor nacional se lo impide; que hace de India un Estado laico y en respuesta las muchedumbres lo miran como a un santo.

No todo en él es bondad y comprensión. Es cierto que su característica es la tolerancia, el respeto a las ideas ajenas; pero sabe también de la reacción airada contra las intolerancias y contra los fanatismos, sean religiosos, sean políticos. Por encima de su acción está el pensamiento claro, lúcido, que busca la paz del mundo, pero sólo la paz dentro de la libertad. En ese punto su comprensión se vuelve intransigencia. Los poderes que rigen al mundo no siempre comprenden las ideas de este pensador, que cree más en la fuerza del espíritu que en la de las armas.

Hoy que viene a México, le damos la bienvenida. Nuestro país ha sufrido, como el suyo, y ha tenido las mismas ansias. Para nosotros las palabras libertad, justicia social y fraternidad entre los pueblos son palabras mágicas que polarizan nuestro espíritu. México ha luchado y ha sangrado por ellas hasta la agonía. Por ellas mismas ha resurgido en las horas más crueles de su historia.

Por eso, porque perseguimos sus mismos ideales, la Universidad Nacional de México abre hoy sus puertas, como abre sus brazos, para recibir a su excelencia el señor Jawaharlal Nehru, símbolo de la comprensión entre los hombres y de la paz entre los pueblos.



Jawaharlal Nehru visita la Librería Universitaria

[México, D. F., noviembre 15 de 1961]